

rales, y la ninguna voluntad de las tropas á sacrificarse contra una causa que á los principios, lisonjaba tanto á los hombres que raciocinaban, y á los que padecían.

Impaciente y desesperado de poder llegar á consumir sus ambiciosos designios, parte á Egipto, sin objeto, ni motivo en su viage; toma á Malta al ruido de doce cañonazos; quita aquella isla é inconquistable plaza á la Orden por traicion concertada con los caballeros franceses, para que cayese despues en manos de los ingleses sus enemigos. Llega á Alexandria, y pierde su esquadra; sube al Cayro, se baña en el Nilo, visita las piramides, hace sus genuflexiones en la mezquita, y vuelve á Europa azotado, para ser despues el verdugo de ella.

Hácese Cónsul en París con la modestia romana, por que Rey, ó Dictador fuera entónces odioso título. Pero ¿quién le dió esta nueva autoridad? Primero las bayonetas de sus coligados, y luego una Constitución minutada por él mismo, y extendida y firmada en aquel momento por una docena de compadres, calentándose á la chimenea. El llamarse primer Cónsul, siendo tres los revestidos de este título de farsa, era en la sustancia llamarse único: pues los otros dos eran sus acólitos. Fingiendo traiciones y conjuraciones, hace vitalicio su Consulado; y fingiendo otras, se lo calza perpétuo y hereditario.

Iba corriendo á pasos de gigante á mas pomposo y elevado título, que le diese mas poder, mas vanidad, y mas derechos á su ambicion. Quería dominar la Europa, convirtiéndola en patrimonio del nuevo Imperio francés; por que no podía intentarlo con el título solo de Cónsul, que no se extendia mas allá del territorio de la República: nombre vano y perecedero, que aun conservaba la que luego se llamó *Gran nacion*; y hoy no es mas que gran rebaño de bestias de Napoleon primero. Conquistó la Francia, y sus pertenencias y anexidades con el título de Emperador; invadió y aterró todos los estados que podian hacerle sombra; y lo que no le convino conquistar con aquel título, lo ha subyugado con el moderado,

pero mas sobervio, de Protector. Baxo de este manto cobija S. M. I. otras Magestades reales, y Altezas ducales, que tienen el honor de ser sus primeros vasallos; á quienes puede llamar un dia á París por un edecán de su alguacil mayor Savary, para que vayan á calzarle las espuelas, y á tenerle el estribo en un dia de revista general.

Quien le hizo Cónsul, le hizo Emperador. ¿Como se fraguó esta violenta, ilegal, y pretendida eleccion? Todo el mundo lo sabe. Se intituló, y se intitula Emperador de los franceses, y no de Francia. ¿Qual sería el fin de este dictado, por que en todas sus palabras hay misterio? ¿Sería para adular la vanidad de sus nuevos subditos, por conocer que son gente muy facil á dexarse delumbrar? ¿Sería para dominar con este dictado en todos los paises por donde se derraman y extienden sus numerosas y ambulantes tropas, pues ya no hay territorio en Europa que no esté manchado con las huellas de sus soldados? Y habiendo en casi todos los Estados de Europa franceses armados, que ocupan los pueblos; viene á ser de hecho Emperador de todos Napoleon.

Faltaban solo la España y Portugal en el número de los dichosos paises comprendidos dentro de los imaginarios é ilimitados ámbitos del Imperio francés; y Napoleon, á quien ya el mundo le viene estrecho, cabiendo todo él en un zapato, no pudo sufrir que el occidente permaneciera mas tiempo independiente y libre, sin reconocerse su vasallo. Envió sus tropas, pisaron el territorio español: y como aquellas nunca hacen sus viajatas en valde, se apoderan primero de un reyno, y despues de otro sin declaracion ninguna de guerra, ni aun amenaza de hostilidad, solo por aquel principio del nuevo derecho-napoleon, que donde pisan soldados franceses allí manda su Emperador.

Todo el mundo sabe, y no puede acabarlo de creer, la iniquidad y violencia de la ocupacion de Portugal, y la inaudita perfidia y vileza con que ese Emperador sin honra, fé, ni conciencia, sin palabra de rey, ni de hombre, ni de ladrón, usurpó la corona de España, sin haber puesto

24
pié en ella, para traspasarla, como patrimonio suyo, a su caro hermano Josef baxo el colorado título de *Rey*, por no llamarle claramente su *Virrey*, pues tenia que recibir sus tropas sin poder mandar un sargento, sus leyes sin poderlas alterar, sus ordenes sin poderlas desobedecer, y sus instrucciones sin poderlas interpretar. La orte aparente sería Madrid, y la metrópoli París. Habria embaxadores entre ambas, como lo pide la etiqueta: el de Francia sería un sobrestante y zelador de nuestro gabinete, y un comité de la nacion; y el de España un asistente al sólio imperial, y por gran distincion tendria el honor de concurrir á la parada con el sombrero en la mano al sol y á la lluvia. Se celebrarían tratados públicos, y serian mas los secretos, entre el Emperador de España en París y el Virrey de España en Madrid: y bien se dexa inferir que les dictaria el Sultan al Beglierbey, y que á nosotros no nos dexarian mas parte en estos embrollos diplomáticos que la de traducirlos en castellano.

Despues de ocupada militarmente la España, y entregada al hermano la Lugar-tenencia Real, no es creible que le dexase encomendada la fidelidad española, siempre sospechosa como violentada. Y tanto para su custodia personal, como para la tranquilidad de los pueblos que tanto le convenia, y sobre todo para guardar nuestros puertos y costas contra las soñadas invasiones del tan decantado coco, el *enemigo comun*, que en una palabra es la Inglaterra; nos protegeria dexandonos dentro de esta península doscientos mil hombres, en acantonamientos y guarniciones, mantenidos, comidos y bebidos á costa de nuevas contribuciones, y sin quebrantar ningun artículo de la nueva Constitucion, pues no lo hay para este caso. Por esto nos decia y consolaba el gran Amurátes en uno de sus bandos, ó artículos de sus diarios de Madrid: que no habria quintas ni levas en nuestras provincias. Claro está, pues no habiamos de tener ejército nuestro nacional, segun lo dicta la seguridad del conquistador.

Y como en esta empresa y plan del Emperador y

25
Rey se llevaba el fin caritativo y muy cristiano de *casar las dos naciones*; frase que soltaban ciertos emisarios suyos, por no decir incorporarlas; es de presumir que se reservase, quando menos, una via militar desde Bayona á Lisbóa, cortándonos una tira de la piel de toro de Estrabon de cinco ó seis leguas de ancho para el paso y repaso de sus tropas, al modo de la que se reservó allá en Polonia para la comunicacion con Saxonia, en donde tiene otro Virrey coronado.

Con este arbitrio muy sencillo y cómodo, y la necesidad de un continuo auxilio de tropas suyas para nuestra defensa, no se faltaba á la promesa de la integridad de esta monarquía y de su independencía. Ya se vé que no nos desmembraba ninguna provincia, ni descastillaba la orilla de nuestras costas y fronteras para incorporarlas al territorio francés, ni para cederlas á otro soberano; pero muy bien podia reservarse, como en depósito y seguridad provisional, plazas, puestos, y montes, y sonar siempre *integridad* en la apariencia. Y manteniendo aquí sus ejércitos con el nombre de auxiliares, se dexaba en su sentido natural la voz *independencia*; ¿pero de quién se hablaba, de la corona, ó de los vasallos?

Si se casaba á las dos naciones, era muy justo que asi como francesa nos enviaba su juventud guerrera para guardarnos, la correspondiésemos nosotros enviando á disposicion de su Emperador la nuestra, para pagarle la generosidad de habernos dado el exemplo. No habia otra desventaja en estos trueques, sino que, tocándoles á ellos un benigno clima, y fertil suelo, de buen pan, buen vino, y buen aceyte, y ricos frutos y frutas, los españoles esposados, antes de casados, irian á militar, esto es, á morir baxo las alas de las águilas imperiales, ó á consumirse acaso donde no comiesen mas pan de trigo, ni probasen el vino, ni viesen la cara al sol en ocho meses del año. Pero tambien tendrian el gusto y la honra de verse casados con luteranos, calvinistas, judíos, ateístas, y

malos cristianos, y de ir á pelear con quien no nos ha hecho daño. Esta es la mas cruel é inhumana de las tiranías.

No hay exemplar en las historias de que un conquistador armase por fuerza á sus cautivos para llevarlos á pelear contra sus enemigos. Vale mas no darles quartel á semejantes invasores, esto es, morir con las armas en la mano, que no haberlas de tomar despues en servicio del inclemente vencedor.

Solo los turcos y berberiscos sujetan los cautivos cristianos al remo, más no al servicio de las armas. Ni tampoco consta que los sarracenos, dominadores de España, llevasen á los conquistados á pelear en las guerras que sostenian dentro ó fuera, de nuestra península. El vende los prisioneros de guerra, ó los hace que sirvan en sus banderas, ó los destina á trabajos públicos como si fuesen esclavos comprados, ó los dexa perecer de hambre y miseria; por que no es costumbre suya sufrir la carga de la manutencion de los malaventurados que caen vivos en sus manos. Esto se estilaba quando se conocia y guardaba el derecho de gentes; pero este feroz tirano, ha acabado con todos los derechos, y quiere acabar con todas las gentes.

Exécrable portento de la naturaleza es, por cierto, Napoleon, amphibio entre hombre y fiera, pues ha sacado de la infamia á Nerón y á Calígula. Al primero le hizo malo lo sumo del poder, y aun tardó seis años en romper con todas las leyes del pudor y de la humanidad: tanto tiempo hubo de costarle á su buen natural y á su educacion el corromperse. Pero Napoleon parece que fué malo antes de haber aprendido á serlo, antes de poderlo ser, y aun antes de desearlo. El abismo le engendró, y aun por eso nos calla su padre: él es hijo solo de sus obras. ¡O! ¡Madama Leticia! Buena alegría anunciaste al mundo en el dia de tu portentoso alumbramiento! Antes de usurpar el mando supremo era déspota, y antes de déspota fué ya tirano.

Nació para destruccion del género humano. Así que se vió las uñas las ensayó para destrozár: como hace el tigre desde cachorro. No hay industria humana que le domestique. No es animal casero, huyese luego al monte y á las selvas, no puede vivir en poblado. Busca como que- rrencia de su fiereza el campo de batalla, por que el palacio no se hizo para él: allí tiene sus delicias y su regalo: el humo de la pólvora es su incienso, la vista de los muertos su recreacion, duerme en colchones de cadáveres, y otro dia nos dirán que come asado de carne humana, por que aun no ha acabado la carrera de estos bárbaros pasatiempos. Y este inhumano decia á la Europa, y sus bobones franceses se lo creían, que en la guerra buscaba la paz. Yo bien creo que quando no le quede á quien hacer guerra, paz tendrá, menos consigo mismo. ¡Infeliz de él entónces! El ocio le consumiria. ¿En qué pasaria el tiempo mano sobre mano? No tiene mas que una pasion, y ésta ahoga á todas las demás. Quiere dominar la tierra, aunque sea quedándose solo en ella: despues pedirá alas á los demonios para subir á conquistar la luna.

Algunos sabios han dicho, que para lo que el hombre tiene que aprender es muy corta la vida; mas yo añado, que es muy larga para los que hemos de padecer. ¿Qué sería de nosotros, si la vida de este tirano no estuviera sujeta al plazo comun de la mortalidad? De sus hijos despues nada tendrá el mundo que temer; por esto cuidó ya la naturaleza que los monstruos fuesen infecundos.

No conoce freno ninguno á sus alevosias y crueldades: no tiene religion que le contenga, ni conciencia que le acuse, ni vergüenza que le sonroje, ni temor del odio de las naciones que le acobarde, de cuya opinion no necesita, pues ya no existen á sus ojos. El dirá para sí: pues que todo lo puedo, todo lo quiero. El cuenta con su fortuna, como César contaba con la suya: pero Bonaparte cuida con mas recato que César, de su vida. Entre otras de las gracias que debe á su fortuna, es la de la salud

que goza, la bastante para quitarla á todo el mundo. Vive enfermizo, y nunca está enfermo; y así la sobriedad, que en otro sería virtud, en él es necesidad, ó temperamento.

Dicen que come de prisa: propiedad de lobos y zorros. Dicen tambien que duerme poco, yo no lo dudo: es pension de todos los tiranos, que á todas horas ven pendiente sobre sus cabezas un cuchillo que les amenaza. Lo mismo acontece á los avaros, que ordinariamente son madrugadores, por que hasta los dedos se les antojan ladrones, y huyen de su propia sombra. El no riene patria, ni hogar, ni raices; todos son muebles, por que todos son robos.

A ningun país ni nacion tiene ni puede tener amor: todas son para él, y ninguna es suya. Donde halla soldados, allí tiene su patria. Si mañana le echàran de Francia; á trueque de mandar se iria, si pudiera, con su ejército á Marruecos. Pues ¿no se fué á Egipto á proclamarse Soberano, y á jurar sobre el Alcorán, por no sujetarse al Directorio? El no tiene nacion, ni religion elegida: se sirve de aquella que mas sirve á sus fines. Su catolicismo se reduce á oír misa delante de sus cortesanos con la misma devocion è intencion con que hacia su *namás* en la mezquita del Cayro á presencia de los musulmanes.

Tiene la osadia de llamarse Emperador por la gracia de Dios, al qual ni ama, ni teme, ni reconoce; dixé-
ra mejor, por la paciencia de Dios y la de los hombres. El mismo se dió el título, y por sus propias manos se plantó la corona imperial; y para mayor pompa de aquella comedia religiosa, y humillacion del Sumo Pontífice, se hace ungir por Pío VII. aquel descreido usurpador. El se ha hecho lo que es, y cuánto no sentirá de no poderse hacer un membrudo Nembror, para espantar con su figura, y acogotar, quando se enoja, un día tres ministros, otro día tres senadores, y otro tres generales. Dicen que se emberrinchina como un javalí S. M. I. y que la aspereza de sus palabras y la de su voz bien declaran el fondo de su dulzura y amabilidad.

Toma por divisa una águila, quando debiera un

tigre; pero tan mezquinamente representada en su mezquino blason, que mas parece milano, que acecha la presa, que ave noble y generosa; símbolo propio de la rapacidad de su dañino corazon. Se muda el primer nombre, y luego el apellido, que no sería de casta; y despues el nuevo nombre, que no se lee en ningun martirologio, lo convierte en apellido eterno de su augustísima familia, y parentela, y lineas transversales, diagonales, y adoptivas, y con la mira de napoleonizar á quantas testas coronadas se digne dexar, ó desovar, sobre la faz de la tierra.

Este héroe por la gracia de sus viles y venales gazeteros, ya que no se ha podido hacer hombre, junta la ferocidad con la vanidad. Como nunca está contento, ni saciado de timbres, ni títulos: mañana se intitulará *Napoleon Kan*, y dias hace que merece este nombre tártaro. *Cesar Augusto* es nombre muy conocido, y manoseado por estudiantes. *Faraon* y *Nabuco* saben á historia sagrada. *Soldan* y *Califa* huelen á árabe, y contra esta gente guarda no sé que resentimiento de cierta burla en Egipto. Llámese de una vez Rey de Reyes, y Señor de los Señores, y sea la última blasfemia de su ambicion y arrogancia: bien que el título que mas propiamente le sienta por sus obras sería el de *Azote de Dios*, que nadie se lo puede disputar, y que mas lo merece que el atroz Atíla.

Lo he dicho varias veces, y lo repito ahora, que las tres épocas terribles en los anales del mundo son: el diluvio universal, Mahoma, y Bonaparte: Aquel pretendia convertir todas las religiones en una, y éste todas las naciones para ser él su cabeza. Aquel predicaba la unidad de Dios con la cimitarra, y éste no le nombra uno, ni trino, pues solo predica, ó hace predicar su propia divinidad, dexándose dar de sus infames y sacrílegos adoradores, los periodistas franceses, el dictado de *Todo poderoso*. El mismo se ha llegado á creer tal, y se lo ha hecho creer la cobardia y vileza de las naciones que se han dexado subyugar. Solo la España le ha obligado á reconocerse, que no era antes, ni es ahora, sino hombre, y hombre muy peque-

ño, á quien la fortuna ciega ha hecho grande á los ojos de los pueblos espantados del terror de su nombre, que miden la grandeza del poder por la de las atrocidades.

A la colosal estatua de Nabúco derribó un canto desgajado de un monte vecino: dió en los pies, donde tenia la flaqueza. Es cosa digna de admiracion, que los únicos que hasta ahora han ajado la vanidad de su saber y poder á este héroe militar han sido cabalmente los hombres que él mas despreciaba, ó de quien menos temia. Un barbón de San Juan de Acre, con mas razas de monge que de soldado, sin haber jamás leido la táctica de Vegécio, ni de Folarc; los bárbaros é indisciplinados mamelucos; los agrestes y brutales kosacos; y los cuitados, perezosos, y supersticiosos españoles, á los quales creía dormidos la intrepidez y confianza francesa. La Europa lo ve, y no lo acabará de creer: nuestros enemigos pensaban que dormíamos, y ellos eran los que soñaban.

Este género de guerra es nuevo para su táctica victoriosa: es guerra de nacion, es guerra de religion, es finalmente, guerra de valientes antes de ser soldados. En Italia y Alemania con sola la intimacion de un trompeta se rendian las piezas mas respetables de Europa, sin caerse las murallas, como en Jericó. En todos los puestos y defensas militares se entregaban prisioneros, aquí seis mil, allá diez mil, acullá quince mil, y en Ulma treinta mil: lo que digo de los austriacos, digo de los prusianos. En ocho dias despaviló Bonaparte todo el ejército prusiano de 200⁰⁰ infantes, y 40⁰⁰ caballos; y antes de un mes no existia Rey en Prusia, ni monarquía prusiana; Catástrofe asombrosa é inaudita, cuyas causas no son dificiles de adivinar: desafectos, cobardes, y traidores. Habia ejército, y no habia nacion. Y dentro de España, aquellas mismas tropas, y generales vencedores, no pueden rendir ciudades abiertas, defendidas por mugeres, y paisanos mal armados, y á medio vestir.

Desengañémonos de una vez, todas las plazas se ha-

tomado como Pamplona, Barcelona, y ciudadela de Figueras, por soborno ó traicion; de esta suerte caían Magdeburgo, Espandau, Stetin, &c. Estos son otros de los caprichos de la fortuna, que aun no se ha cansado de Napoleon. No conoce un traidor, un desleal, que pudiera hacerle perder en un dia el fruto de una campaña: le sirven con ley de hijos hasta sus esclavos. La República tubo tantos enemigos domésticos, tantos infieles, tantos emigrados, tantos desertores de las banderas patriáticas; y el despotismo tiránico cuenta tan leales servidores. Antes bien hemos visto que los enemigos, que habian encontrado tanta caridad y generosa hospitalidad entre nosotros, no veían la hora de volver á Francia, á reconciliarse con la nueva tiranía, no siendo ya la nacion, á cuyo destrozado seno se restituía, la misma que antes abandonaron.

No digo en los ejércitos, más ni en las ciudades, ni en los gobiernos políticos ha sufrido, ni teme los atentados, ni aun los intentos de un traidor: hasta los extrangeros, que sacó aherrojados de sus hogares, le sirven á la voluntad y al pensamiento. Allí ya no hay un loco, un borracho, un furioso, fanático, de aquellos que en otro tiempo enviaron al otro mundo quatro de sus legítimos reyes: casos atroces que no cuenta la historia de ningún reyno cristiano.

A los franceses hace ocho años que les promete la paz, y cada dia se aparta mas de los caminos que conducen á ella: y á pesar de esto, no se avergüenza de dexarse adular con el renombre de *Pacificador* del Continente, y *Arbitro* de la Europa: este último título es el que mas le lisonjea. Tubo mas de un año deslumbrados y ocupados á sus nuevos súbditos, á quienes no se atrevia entonces á darles este nombre, con el plan del desembarco en Inglaterra, todo á fin de que no les quedase tiempo, ocasion, ni motivo de maquinare contra su persona, y despotismo consular, pues bien conocia él la dificultad y vanidad de la empresa. París y la Francia era lo que queria conquistar; y lo logró, afirmando desde entonces su

usurpado y mal seguro sólido, por donde había de subir despues á la dominacion imperial.

Hombre que haya prometido mas, y que haya cumplido menos que Napoleon, no le citan las historias. Aun no ha cumplido la promesa de esculpir en letras de oro macizo los nombres de los valientes que murieron en Austerlitz, Jena, y Eyland. No creeria entonces que había de ser tan larga la lista de los muertos; ó conocería despues que los agraviados no se habían de quejar. Tal vez no alcanzaria el oro de sus minas ó rapiñas para tanta suntuosidad, y esperaría recogerlo de los despojos de los templos de España y Portugal, segun el ánsia y voracidad con que sus tropas y generales han echado sus sacrilegas manos sobre estos tesoros.

¿Cómo, pues, podriais esperar, españoles, demasiado bondadosos y generosos, que aquellos que trataban con tanta crueldad á los indefensos y pacíficos portugueses, que no habían disparado un fusil contra sus injustos invasores, podian usar con vosotros de piedad si os entregabais, ni de clemencia si les resistíais? Este primer exemplo de sus inhumanidades, executadas á las puertas de vuestra casa, y las executadas ántes en Italia y Alemania, y otros países sujetos á la perfidia y violencia de sus armas, no podia apartarse de vuestra vista, ni de vuestra memoria la suerte que os esperaba.

Sin embargo, no faltaban personas sencillas, ó ciegas, que creyeron que las tropas francesas venian de paz, y de amistad, aun despues de haberse apoderado por dolo y sorpresa de las plazas de nuestra frontera. Lo primero no lo dudo, por que querian conquistarnos sin vencernos; lo segundo era un absurdo esperar amistad del enemigo comun de todas las naciones. Y era aun cosa mas absurda el creer que pasaban sus ejércitos al campo de Gibraltar. Lo mismo había pensando Bonaparte en el sitio de aquella plaza que el Sofi de Persia; y para esto nos inundó con 150⁰⁰⁰ hombres, además de 30⁰⁰⁰ nuestros con que podia contar de auxiliares. Y para esta empresa; traía tan-

tos trenes de artilleria de campaña, y tan numerosa y escogida caballeria; aparatos todos de ejércitos volantes, y no del arma de sitiadores?

No era menos desatinada la idea de que estas fuerzas se dirigian al Africa; ¿pero á qué? ¿y contra quien? Ni con qué transportes, ni quando, habían de efectuar la travesía del estrecho sin un navio ni una fragata, á la vista de esquadras inglesas que hubieran hecho pasto de los peces á quanto locos se hubiesen embarcado? El Africa á que tenia ganas Bonaparte era la España, y los Africanos eramos nosotros.

Quando vimos los puntos militares que tomaban en Castilla, los movimientos hostiles de sus acantonamientos, su misma inaccion despues, y la provision de galleta en casa del *amigo aliado* como ellos decian, y en el granero de España que les suministraba pan blanco y fresco, ¿había que dudar un momento de que venian dispuestos á guerra ofensiva, y defensiva, pues las prevenciones eran iguales á las precauciones? Verdad es que no degollaban frayles, ni violaban monjas, ni saqueaban y profanaban templos; por que entonces no les convenia irritar á los pueblos, sino embaucarlos.

No faltó quien creyese, poco antes de la entrada de Murat en Madrid, que las plazas de nuestra frontera se habían entregado como en depósito para la seguridad del hospedage de los amigos que venian á socorrernos. Desde luego vieron los mas sencillos y preocupados que la traición había abierto las puertas de casa á los ladrones. La infamia era demasiado manifiesta para que los ánimos se sosegasen. ¡Desdichada España! ¿A qué nacion le ha sucedido tal desventura, que el mismo pastor mate los petros para que entre sano y salvo el lobo en el redil?

Animo, y confianza en Dios, Barceloneses. No faltarán auxilios ministrados por el ingenio y valor, que os librarán de la amarga opresion que padeceis. Caso raro, por cierto, y el mas lamentable que admirará á las eda-

des venideras: así vuestra restauracion, y la conservacion de esa hermosa y magnífica ciudad, prostituida hoy por las inmundas plantas de esos viles soldados del alevoso Napoleón, corre de cuenta de todos los esforzados y valerosos españoles, y del socorro de nuestros generosos aliados.

Todo español prudente, y enseñado por los acontecimientos políticos que se sucedian desde el año 1800 en Europa, debia estar desengañado de la conducta de Napoleón acerca de lo que se temia, ó se debia temer, de sus designios quando vimos desfilar sus ejércitos por nuestras provincias. Ya hacia tiempo que barruntaba yo la tempestad. La conducta de los espúrios españoles Izquierdo y Herbás, enamorados de la Francia, y hacendados en ella, indicaba que la patria que les dió el ser, la riqueza, y los honores era ya para ellos peligrosa morada.

Además habia últimamente en París una especie de moda de aprender el español, de querer tomar conocimiento de nuestra literatura, y del estado de nuestras ciencias, y los periodistas solicitaban correspondencia con sabios de nuestra nacion. Observaba yo tambien que en sus papeles públicos no nos despreciaban, ni injuriaban, como tenian de costumbre ántes, con los epítetos de ignorantes, bárbaros, y supersticiosos: esta repentina, é inusitada moderacion y cortesía era para mí el testimonio mas sospechoso de su nueva política, por que en Francia hoy los escritores van de acuerdo con los gobernadores.

De algunos años á esta parte compraban libros nuestros: cosa nunca vista ni oida, díganlo los libreros de Madrid. He visto enviar á París entre otras obras legales y económicas los quadernos de la Mesta, y de las condiciones de Millones; deliciosa lectura para el gusto y genio de un francés. Tambien empezaba la moda de traducir á su lengua algunos autores nuestros: costumbre que se habia perdido desde los primeros años del Reynado de Luis XIV. Asimismo observaba que venian á visitarnos algunos viajeros franceses, muy curiosos de nuestras co-

sas, unos como físicos economistas, y otros, como amantes de las nobles artes; unos venian á medir grados del meridiano, y tal vez espiaban nuestras sierras y vericuetos; otros á explorar nuestras minas de metales; otros á estudiar la pastora de nuestras merinas; otros la cria y las castas de nuestros caballos, y otros á reconocer nuestros establecimientos públicos, bibliotecas, museos, colecciones de nuestros pintores famosos, y restos de antigüedades romanas y arábicas: cuyas noticias, copias, y apuntes recogian con tal afán, que mas parecia esa diligencia inventario que curiosidad. Tambien observé que en los primeros dias de la llegada de Murat á Madrid, apuraron algunos de sus oficiales de guerra, y tambien de pluma, todos los diccionarios y gramáticas españolas y francesas de nuestras librerías. Compraban cartas geográficas, y preguntaban por planes estadísticos, mayormente los xefes del estado mayor, y de la hacienda. ¿Qué mas amor ni mas amistad se podia desear de nuestros vecinos, que no querian dexar rincón de nuestra casa, ni mueble que no visitasen con indecible gusto? Noté que preguntaban por estados de nuestras fábricas, ó como ellos decian *des tableaux des manufactures*, hasta hombres que no tenian traza ni destino para instruirse en estos objetos.

Esto es bueno, decian algunos incautos españoles ya entónces: ántes muy malo, les respondia yo, que no contaba entre las obras de buen afedo tanto interés disfrazado con el velo de curiosidad. Nadie debia ignorar que Bonaparte tenia jurado en sus *irrevocables decretos* el exterminio de las ramas reynantes de los Borbones, y así comenzó por Nápoles, Parma, Etruria, y siguió por Portugal. Con esta experiencia ¿cómo habiamos de esperar que se librase de esta tala la rama principal de España, ni que pensase hacer un ingerto con el pimpollo que descollaba para conservarla? Pero confieso tambien que llegué á creer, entre dudas, y esperanzas, que tal vez se verificase, atendiendo que solo así se podría evitar la pérdida de las Américas.